

Sábado 26 de enero

Oswaldo Sánchez (Director del Museo de Arte Moderno, Ciudad de México)

Conferencia Magistral: **John Beverley** (Autor y profesor de Literatura

Latinoamericana, Universidad de Pittsburgh)

Panel IV

Carles Guerra (Artista y curador, Barcelona)

Gediminas and Nomeda Urbonas (Artistas, Vilnius)

¿Qué queda por hacer?

Oswaldo Sánchez

A veces cuando asisto o formo parte de estas discusiones en torno a temas como la nostalgia por el viejo Estado protector, el ex-Estado mecenas, *versus* la creciente capitalización de los valores sociales, tengo la impresión de que la discusión termina atrapada en múltiples ficciones excluyentes y acusatorias. Muchos colegas profesionistas, muy aquí presentes, insisten en la satanización de toda posibilidad de negociación y de alianza táctica con las fuerzas del mercado; a veces incluso de una manera muy esquizofrénica en relación a nuestros propios desempeños cotidianos. Y por ello quiero aprovechar mis agradecimientos para aterrizar un poco nuestro estado real de cosas, y celebrar la posibilidad viva de seguir creando estas alianzas. Quiero agradecer primero a Aimée Servitje, cuya generosidad financiera, cuyo capital, hizo materialmente posible este SITAC; y también agradecer a Ute Meta Bauer, cuya consistencia ética y cuyo compromiso político, hizo también posible que este mos los que estamos, todos, aquí discutiendo *qué queda por hacer*...

Esta mesa de hoy abre con una pregunta tremenda. *¿Qué queda por hacer?* Uno diría que todo. Queda todo por hacer. *Lo que queda por hacer* no sólo disculpa cualquier desmesura utópica, sino que explicaría la razón de ser y la misión esencial de toda institución pública. Nos obliga a pensar en *cómo* y *desde dónde* se teje un proyecto social, *desde dónde* y *cómo* estimulamos ciertos procesos grupales, en cuyo devenir seríamos a nosotros mismos revelados. Eso es política.

Las mesas anteriores han ido abriendo el camino hacia la pregunta de ¿cuál es el mandato de las instituciones —privadas y públicas, simbólicas o de membresía— a través de las cuales nos articulamos, o nos desarticulamos? ¿Cuál es el mandato de los aquí reunidos, de cada uno de nosotros, frente o desde las instituciones públicas a través de las cuales nos vemos y somos vistos, o no somos vistos?

En el contexto de México, la institución pública —y nos vamos a referir aquí, por clemencia hacia nosotros mismos, sólo a la institución cultural— encarna el descrédito y la crisis estructural de un Estado en quiebra, con dificultades para reinventarse a si mismo. Un Estado colapsado por un ineficiente centralismo administrativo y por la herencia oscura de enormes prebendas sindicales; todo a merced de una clase política que no quiere sufragar los costos políticos de una transformación estructural impostergable. Sin embargo, paradójicamente ese Estado funge aún, públicamente y de manera real, como el último reducto de una cultura humanista, erosionada por el predominio de la lógica especulativa del capital y de la acumulación sin fin. Entonces, a esta altura, *¿qué queda por hacer?* ¿Qué es posible hacer en un país con tantos nombres en la lista Forbes de personas más ricas del mundo, cuando nunca vemos más de esos cuatro logos que endosan este folleto, apoyando una iniciativa cultural? ¿Qué hacemos en un país donde las corporaciones ven a la cultura, no como un terreno

para el ejercicio de la filantropía, o donde al menos fingir cierta responsabilidad social, sino que la propia indigencia en que opera el sector cultural les permite convertir a un proyecto o un evento cultural en su mejor estrategia de mercadotécnica y de gratificación de un consumidor desprotegido, domesticado por la ansiedad de estatus? Y de nuevo, paradójicamente, muchas iniciativas privadas, muchos de los recursos que provienen de ese sector, a veces corporativo, son objetivamente, el único cauce con que podemos drenar la inercia del Estado en quiebra, y aliviarnos de su pesada maquinaria obsoleta.

Ahí, en esa paradoja, entre la inmovilidad de un Estado ineficiente y una avaricia oligárquica, matizada de “interés filantrópico”, estamos atrapados.

No creo que haya pasado aún el tiempo en que muchos colegas tenían la fácil costumbre de ufanarse en público de no trabajar para la institución pública (lo que como sabemos todos, no necesariamente implica no vivir de los impuestos del resto de los contribuyentes). Siempre me asombró la presunción sencilla de que para algunos no trabajar para una institución pública podría significar algún tipo de crédito político. Quizá esta mesa pueda ayudar a plantear nuestros roles ante y desde la institución pública con una cierta densidad, con mejores preguntas, con más respaldo ético a nuestras correspondencias como ciudadanos.

¿Qué queda por hacer? esta pregunta podría implicar: ¿en quiénes queremos convertirnos? ¿Desde dónde podemos catalizar procesos de cambios, o revertir inercias?

Para muchos colegas que trabajan en una institución cultural pública, con cierto ánimo de compromiso, que saben que su labor no está dirigida a actuar desde la estética el simulacro de la armonía social, ni tampoco a disimular la competencia rapaz en el sistema de estrellas... para esos colegas, y para mi en lo personal, está claro que la institución pública ha de ser entendida y asumida como un espacio de conflicto, pero también como una plataforma de sanación. Si, de sanación. Implica más que ilustrar discursos críticos, actuar al seno de las circunstancias cotidianas, con cierta modestia, con cierta especificidad, potenciando pequeños sucesos emancipatorios. La institución cultural pública, para sobrevivir, no ya como un escaparate de consumo, ha de ser convertida por cada uno de nosotros en un permanente evento emancipatorio.

Pero ¿cómo acrecentar la permeabilidad de las instituciones públicas, su especificidad transgresora en qué estriba? ¿Dónde radica, si es que hay, el ánimo transformador y desacralizador de la práctica artística en este país, hoy? ¿Cómo acrecentar las capacidades osmóticas de nuestras acciones políticas, a fin de oxigenar y revertir la creciente entropía de los viejos modelos de pertenencia social y de búsqueda de estatus y de prestigio?

En fin, ¿Qué nos queda, a cada uno, por hacer?

El giro neoconservador en la crítica cultural latinoamericana

John Beverley

Se habla mucho en estos días del retorno de lo político. Conjuntamente de la necesidad de un cambio de paradigma en la relación de la sociedad civil y de los movimientos sociales con el Estado. Esto es en parte porque en algunos casos como en Bolivia, los movimientos sociales se han vuelto el Estado (para emplear una frase de Ernesto Laclau, o se están prestando para proyectos políticos con el fin de ganar el poder de Estado. Pero este retorno de lo político también trae en su secuela una serie de nuevas preguntas e incertidumbres. En particular, quiero sugerir aquí que en la actualidad se está produciendo un giro neoconservador en la crítica cultural latinoamericana que busca intervenir en esta nueva coyuntura política. Este giro es doblemente paradójico: primero, porque ocurre en el contexto del re-surgimiento de la izquierda latinoamericana, o quizás mas correctamente, de las izquierdas; segundo, porque se manifiesta principalmente desde la izquierda.

La pregunta subyacente es sobre la naturaleza de lo que se ha entendido convencionalmente como “izquierda”. En otras palabras, la “izquierda” tradicional en América Latina, o más específicamente una parte significativa de ella, ¿sigue siendo la izquierda? ¿O se ha vuelto una especie de nueva derecha?

Para comenzar, creo que sería útil hacer una distinción banal pero quizá necesaria entre neoconservadurismo y neoliberalismo, ya que estas posiciones a menudo se desdibujan en formas concretas de hegemonía reaccionaria, como los regimenes de Bush en Estados Unidos y del PAN en México. Los neoliberales creen en la eficacia del libre mercado y en un modelo utilitario y racional de agencia humana, basado en la maximización de la ganancia y la minimización de la pérdida a través del mercado mismo. En principio, el neoliberalismo no propone otra jerarquía de valor *a priori* más que el principio del deseo del consumidor y la efectividad del libre mercado y la democracia formal como mecanismos para ejercitar la libertad de elección. Desde esta perspectiva, da lo mismo si uno prefiere la cultura popular a la alta cultura, la salsa a Schoenberg, para decirlo de cierta manera. Esta desjerarquización implícita en la teoría y la política neoliberal entraña un fuerte desafío a la autoridad de las elites intelectuales tradicionales para determinar los estándares de valor cultural, y permite cierta convergencia entre estudios culturales y neoliberalismo, sobre todo en relación con los temas del mercado y la sociedad civil. Creo que esto es más o menos lo que expresa la famosa consigna de Néstor García Canclini, “el consumo sirve para pensar”.

Por contraste, los neoconservadores sí creen que existe una jerarquía de valor epistemológico, estético y moral imbuida en la civilización occidental y en las disciplinas académicas —vinculada esencialmente al paradigma de la Ilustración— que es importante defender e imponer pedagógicamente y críticamente. Este papel requiere de la autoridad y el trabajo del *intelectual tradicional*, en el sentido que Gramsci le da al concepto —es decir, el intelectual que